

JACOBO SALE A BUSCAR IDEAS

Jacobo era un dibujante de historietas y escritor de cuentos. También dibujaba tarjetas de Navidad y escribía las cartas de negocios a un señor analfabeto.

Jacobo ganaba poco, pero su mujer administraba bien. La mujer de Jacobo se llamaba Noemí. Jacobo y Noemí tenían un hijo, Diego, que de mayor quería ser dueño de un elefante furioso, irse al Polo a contar pingüinos o dedicarse a la cría de tigres de Bengala.

Los tres vivían en las afueras de la ciudad, en un barrio de casas todas iguales, pequeñas, con patio y un poco de jardín.

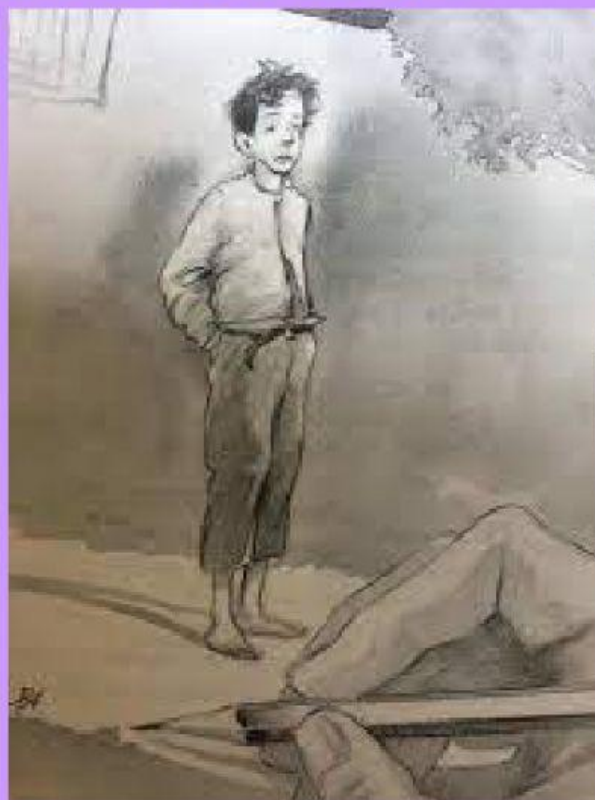
En el barrio también vivía un taxista, un médico de niños que aún no era famoso, un capitán jubilado, un violinista, dos empleados de banca, cuatro abuelos y una docena de niños.

En algunas casas tenían perro.

Jacobo, todos los meses, tenía que dibujar una historieta o escribir un cuento; hacer algo por lo que le diesen dinero, siempre poco, apenas lo justo para que Noemí pudiera hacer la compra.

Aquel día, como tantos, Jacobo se sentó delante de su tablero, cogió el lápiz y, entonces, se dio cuenta de que no sabía por dónde empezar.

Esto le ocurría muchas veces.



“Tómatelo con calma –se dijo– vete a dar un paseo”.

Cuando pasó por la cocina, Noemí pelaba cebollas.

– Voy a buscar ideas, mujer –dijo Jacobo.

Noemí dijo: – Está bien, marido.

Jacobo se acercó a la vía del tren a contar gatos. Miró al cielo y no vio pájaros, ni naves espaciales, ni nubes de formas raras.

Entonces bajó a la playa y se puso a cantar. Cantar era uno de sus mejores trucos. De pronto, cantaba la palabra “amor” y eso valía, podía ser un buen principio; lo mismo que la palabra “cebolla” o el verbo “palidecer”.

Las ideas son así. Aparecen cuando menos te lo esperas. A lo mejor te pasas todo el día diciendo: “cebolla, cebolla, cebolla”. Puedes decirlo mil veces y no pasa nada. De pronto, das media vuelta y descubres que con una cebolla se puede abrir un camino al país de las hadas.

Jacobo parecía no tener suerte aquel día.

“Lo dejaré para mañana –dijo–, lo dejaré para otro día”.

Entonces vio a un niño descalzo, despeinado y lleno de preocupaciones.

De vuelta a casa, ya en su estudio, Jacobo dibujó al niño que había visto. Después, para hacerlo sonreír, preguntó:

– ¿Te gustaría ir a cazar grillos?

El niño dijo: – Antes quiero saber dónde estoy.

A Jacobo le hubiera gustado estar en el campo, a media mañana, un día de sol. Así que dibujó el sol, la media mañana y el campo; todo alrededor del niño.

El niño aún quiso saber más.

- Dime cómo me llamo.
- Si te parece, puedes llamarte Mateo. Es corto, suena bien y hace juego con cualquier apellido.
- No es feo -dijo el niño-. Me llamo Mateo, estoy creciendo, tengo hambre y me gustaría comer algo apetitoso.
- Eso lo arreglo enseguida. Dibujaré un camino, después tu casa y a tu madre, que acaba de meter en el horno un pastel de moras.

Jacobo dibujó toda la mañana. Hizo el boceto de tres viñetas. En la tercera viñeta, Mateo llega a su casa, la madre le da un beso y entre los dos se comen el pastel recién salido del horno.

Juan Farias, "Los apuros de un dibujante de historietas".

(Fragmento adaptado)